

## MIGRANTES Y DESPLAZADOS EN LAS FRONTERAS CULTURALES Y POLÍTICAS DE LA CIUDAD... ¿CUÁL CIUDADANÍA?<sup>1</sup>

**Por:**

Gloria Naranjo Giraldo<sup>2</sup>  
Instituto de Estudios Políticos  
Universidad de Antioquia

### Presentación

Asumir el reto de repensar las ciudades colombianas contemporáneas desde la perspectiva sociocultural y política, implica volver la mirada hacia los procesos migratorios, los desplazamientos forzados, la colonización urbana y las luchas por el reconocimiento, como elementos de la larga duración o ejes de pervivencia histórica que han marcado y siguen marcando la configuración y dinámica de la urbanización actual.

Mucho se ha escrito sobre la contribución de los migrantes y los desplazados, convertidos en sectores populares, en la transformación de la estructura urbana y su aporte de mano de obra en el proceso de industrialización, pero las contribuciones en el plano sociocultural y político y en la resignificación de estos ámbitos, requieren ser nuevamente abordados. Sobre todo en la última década y en tiempos de guerra irregular, cuando las ciudades colombianas se convierten para los campesinos, ya no como nichos económicos y laborales, de progreso y civilización,

<sup>1</sup> El presente artículo se inscribe en las reflexiones de la Línea de Investigación “Desplazamiento Forzado, Dinámicas Bélicas y Acción Ciudadana” del Grupo de Investigación *Estudios Políticos* del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia, 2006.

<sup>2</sup> Antropóloga y Magíster en Ciencia Política. Profesora e investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. Coordinadora de la Línea de Investigación “Desplazamiento Forzado, Dinámicas Bélicas y Acción Ciudadana” del Grupo de Investigación *Estudios Políticos* del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

sino en fuentes de una precaria seguridad, en el lugar para defender lo último que les queda: la vida

En una mirada de larga duración, es posible polemizar dicotomías como tradicional/moderno, popular/culto, informal/formal, entre otras, y podrán observarse, en particular por parte de los sectores populares, maneras de copresencia en la ciudad, de coproducción de la urbanización y, porqué no, nos podremos percatar de sus modos de experimentar eso que llamamos ciudadanía, y que principalmente se manifiesta como reclamos de derechos, en una permanente tensión entre ser miembros y extraños, a la vez, de la ciudad.

Es pues, esta última reflexión la que se quiere poner en la palestra de la discusión, con la idea de que es ese proceso vivido por los sectores populares de insertarse y participar en las dinámicas y referentes de la ciudad, pero también de mantener su capacidad de extrañamiento frente a ella, el que permitirá descubrir algunas claves interpretativas para comprender cuál es el camino por el que ha transitado y transita la construcción de sujetos-ciudadanos, así como las estrategias y experiencias de ciudadanía que ellos desarrollan.

El enfoque teórico desde el cual se trabaja, asume que la formación y las transformaciones políticas y culturales que experimentan las ciudades y los ciudadanos no pueden entenderse, principalmente, desde las instituciones, desde las normas y las leyes, desde los megadiscursos y metarrelatos, desde las élites y los sectores dominantes. La mirada debe ser puesta en las experiencias, en la vida cotidiana, en los referentes colectivos y en los entornos significativos de los llamados sectores subalternos, populares o excluidos.

Poco nos hemos preocupado por la ciudad construida en la periferia, en los márgenes, en las fronteras. Poco se ha reconocido el *estatus* de ciudadano a quienes han tenido que constituirse como tales desde la ilegalidad, desde la liminalidad, a

quienes sólo han tenido en sus haberes un documento público que los acredita como tales. Parece que estos pobladores y los territorios de ciudad que han venido a construir sólo importaran cuando se acercan las contiendas electorales, pues ahí sí su condición formal de ciudadanos, como portadores de cédula, se convierten en elementos imprescindibles de un sistema político clientelista que no por estar tan generalizado es menos informal y premoderno, en tanto enarbola intereses particulares y corporativos antes que defender los intereses colectivos.

## **1. Migrantes y desplazados: *extraños... luego miembros de la ciudad***

### **1. 1 Aquellos *constructores de ciudad...***

En Colombia, la década de 1960 –y otra vez la de 1990- han sido testigos de profundas transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas que han redefinido las funciones y la estructura urbana, actualizando permanentemente memorias urbanas de injusticia moral, social y política, en el primer momento con rostro de inmigrantes y en los años más recientes con rostro de desplazado. Las ciudades colombianas se replantean permanentemente con la presencia de migrantes y desplazados, quienes parecen consolidar estructuras donde se agudiza la exclusión, la intolerancia y la inequidad, fenómenos que ponen en cuestión las pretensiones democratizadores, los ejercicios planificadores institucionales y la formación de ciudadanos virtuosos y de sujetos portadores de derechos.

Nuestro particular modelo de urbanización tiene mucho que ver con el sentimiento de exclusión y con las heridas morales propinadas a inmensos sectores excluidos, tiene mucho que ver con la violencia y el conflicto urbano vivido y que se sigue padeciendo.

Los procesos de urbanización y masificación de las ciudades

latinoamericanas -y las colombianas son un ejemplo aleccionador- se han dado por la vía de la “segmentación socioespacial”, en la que coexisten espacios diferenciados, antagónicos y contrastantes que muestran a las claras las profundas inequidades e injusticias del sistema económico y social.

Por un lado va la ciudad planificada, céntrica, primada, donde se ubican las actividades más productivas y los sectores sociales más ricos de la sociedad. Por el otro lado, está la ciudad donde transitan y viven los sectores populares que realizan actividades económicas de poca rentabilidad que acceden en forma desventajosa a los bienes y servicios de la ciudad. Más que dos ciudades delimitaciones claras, lo que esto muestra son los planos de una misma ciudad, que muchas veces se traslapan y trastocan, donde sus fronteras se corren permanentemente. Ambas configuran una geografía urbana en la que por un lado están los planos y la cartografía de la ciudad planificada, opulenta; mientras que por el otro, se encuentra el paisaje y la geografía de la ciudad pobre, de la precariedad en las dotaciones urbanas iniciales<sup>3</sup>, de los tugurios en las laderas, de los déficit educativos y de salud, de los caminos farragosos, de los venteros ambulantes.

En fin, una cartografía y unos espacios urbanos deficitarios que generan una precaria calidad de vida a un alto porcentaje de la población y que se convierten en asuntos que -y eso no se puede desconocer- se convierten en obstáculos reales al ejercicio de una ciudadanía plena. Esa es la ciudad, esa la estructura urbana que se ha construido y se sigue construyendo: desde las márgenes, en las periferias que es donde fluye la vida de más del 50% de la población de Medellín.

Una cosa es cierta, por más esfuerzos que se han hecho para

---

<sup>3</sup> Para una ampliación de estos conceptos, véase Oscar Useche. “Las arenas del conflicto urbano”. *Nova y Vetera*. p. 7.

planificar la ciudad, para trazarle un norte que permita la tan anunciada convivencia, quienes están en los márgenes no han sido reconocidos, en la ciudad prevalece el problema con los otros, con los extraños. Desde las primeras luchas por el derecho a la ciudad, emerge permanentemente la amenaza del infraconocimiento, el señalamiento. El discurso oficial de la estigmatización sostiene, desde los años sesenta, que los migrantes y hoy los desplazados son un “factor de descomposición”, correspondiente con lo cual se han puesto en marcha políticas urbanas como la de *erradicación de tugurios*, la normalización de la subnormalidad y el imposible retorno de los desplazados, como si se tratara de una enfermedad epidémica en la ciudad que es necesario combatir.

El desplazamiento forzado no es un fenómeno exclusivo de la década del 90, es claro que desde 1960 muchas familias campesinas fueron obligadas a abandonar sus tierras como producto de la violencia liberal conservadora. La diferencia estriba en que para ese momento las principales ciudades colombianas experimentan cambios sustanciales en su estructura productiva, la industrialización se consolida y empezaba a demandar mano de obra barata que los migrantes y desplazados de entonces vinieron a proveer.

La modernización y la industrialización de la ciudad, así como los servicios que esta proporcionaba a sus habitantes, se convirtieron en un espejismo que, en su momento, logró “invisibilizar” las marcas de la violencia bipartidista. Además, para esa época las ciencias sociales, económicas y políticas tenían cifrada su atención en los procesos migratorios, la urbanización, tratando de mostrar como las ciudades se estaban modernizando y se acercaban al paradigma occidental de sociedad urbana. Mientras que el concepto de desplazamiento forzado va a aparecer con posterioridad y más ligado a las reivindicaciones y postulados del Derecho Internacional Humanitario, hecho que aunado a la agudización del conflicto armado en nuestro país, será la puerta de entrada conceptual para que en los últimos

años se esté hablando con propiedad del desplazamiento forzado.

Tampoco se puede afirmar que en la última década del siglo XX todos los inmigrantes que han llegado a las ciudades colombianas, sean desplazados por la violencia que se vive en todos los rincones del país. Tras de ellos y con ellos han salido muchos pobladores que sin haber recibido amenazas directas, sus economías se han visto afectadas y vulneradas de tal manera que prefieren emigrar en busca de mejores oportunidades para cumplir el sueño de acumular riqueza.

Desplazados por la violencia y migrantes económicos son actores sociales de ayer y de hoy, de las décadas del 60, pero también del 90 y del nuevo milenio. El elemento común es que todos ellos llegan a las ciudades y la inmensa mayoría lo hace ubicándose en los barrios populares, en los asentamientos llamados subnormales, en las nuevas periferias desde donde se proponen colonizar la ciudad y son seducidos o colonizados por ella.

Los procesos migratorios de ayer y los éxodos masivos de hoy no pueden seguir pensándose desde la forma como han impactado la demografía de la ciudad, los efectos que ha tenido en el deterioro de la estructura urbana y la manera como han desestructurado los referentes de identidad que se supone eran los que otorgaban la idea de coherencia y armonía a la ciudad. También resultan insuficientes aquellos enfoques sociológicos y antropológicos que ponen al campo y la ciudad como polos adversarios, como portadores de referentes antagónicos entre la tradición y la modernidad, entre el arraigo al terruño y el desarraigo total en la ciudad. Cuando lo que en realidad hemos tenido es la proliferación de expresiones del país rural coexistiendo y entretejiéndose con las expresiones, espacios y tiempos de la urbanización moderna.

*“El ser urbano de nuestras ciudades no ha acabado de definirse y por ellas transitan pobladores en plena metamorfosis entre el*

*pueblo ruralizado, el arrabal al que cantaban los tangos, el barrio de la ciudad industrial y el nómada de la ciudad global*<sup>4</sup>.

El enfoque propuesto en estas reflexiones, se plantea mirar los procesos migratorios y los desplazamientos como experiencias cargadas de significados para aquellos que asumen el reto de (o son forzados a) dejar el campo y toman la decisión de quedarse en la ciudad<sup>5</sup>. Contrario a las visiones institucionales que sólo ve en estos fenómenos una fuente de descomposición y desestructuración de la ciudad, estamos convencidos que, en ciudades como las nuestras, la fundación de la modernidad y el surgimiento de los sectores populares tienen mucho (o todo) que ver con la migración y con el desplazamiento, pues también a través de estos procesos es posible palpar como surge un nuevo sujeto político moderno que pone en evidencia la existencia de la diferencia, la heterogeneidad.

Se trata de una modernidad anunciada por los procesos migratorios, voluntarios o forzados, y que se manifiesta en: el carácter de ruptura-distanciamiento de la sociedad rural; la liberación de la subjetividad del determinismo de la tradición; la construcción de un nuevo sentido del espacio y el tiempo. Y el surgimiento de un sujeto con nuevas habilidades y destrezas que se manifiesta en su capacidad para producir o, mejor dicho, coproducir los procesos de urbanización; la economía informal; la cultura popular y la organización comunitaria.

## **1. 2 Van ejerciendo como *ciudadanos*...**

Las multitudes que arriban a las ciudades inauguran las experiencias modernas del partir y del llegar, es un proceso que transforma la subjetividad así como las nociones del tiempo y del espacio. Aunque en el caso colombiano estos procesos

<sup>4</sup> Oscar Useche. *Op. cit.* p. 8.

<sup>5</sup> Carlos Franco. "Exploraciones en 'otra modernidad': de la migración a la plebe urbana", en: *Fin de Siglo* N° 5, Santiago de Cali, Universidad del Valle, junio de 1993, pp. 16-32

migratorios han estado precedidos o se hacen en medio de hechos de violencia ellos no riñen con nuestra forma particular de ser modernos. En efecto, la construcción de nuestras llamadas ciudades modernas, ha estado precedida, ha tenido un origen fundador en las violencias regionales de cuño bipartidista y hoy se sigue transformado por la vía de los efectos devastadores de la guerra irregular que se ha agudizado durante el decenio de 1990.

Desde el momento mismo de emigrar hacia la ciudad, de sentirse interpelados y atraídos por ella, migrantes y desplazados experimentan profundas transformaciones subjetivas – modernizantes si se quiere- que es necesario valorar a fin de trascender aquellas visiones que sólo ven en ellos individuos desvalidos y premodernos. Muy por el contrario, desde el momento mismo en que cambia de lugar migrantes y desplazados experimentan transformaciones que los empiezan a configurar como sujetos modernos que le imprimen nuevas dinámicas a la ciudad en su permanente lucha y negociación por hacerse un lugar en ella, por incluirse como ciudadanos.

En el plano subjetivo la decisión y acción de migrar, de alguna manera, significa una inconformidad con la condición subalterna, con esa jerarquización social que la tradición considera establecida por algún designio superior y con la vida precaria y rutinaria que no permite la búsqueda de alternativas y la realización de aspiraciones por modestas que ellas sean. Sobre todo, en las realidades de mediados del siglo, cuando existía una marca claramente campesina, desde la cual se suponía que el campesino no se movía, no transitaba, no cambiaba de lugar, permanecía aferrado a sus raíces, a su terruño. Además, el espacio se convierte en escenario de un movimiento de multitudes que contribuye al reordenamiento subjetivo del tiempo, a su revaloración según las actividades realizables en su transcurso, a la resignificación del pasado y el presente en función del futuro, de los objetivos y esperanzas que en él se encarnaron.

Para el desplazado la situación es sugerente, pues antes que asumir la inminencia de la muerte como un trazo indeleble que el destino le tiene prefigurado, emprenden la búsqueda –que es casi un peregrinaje- de algún lugar que le permita escabullirse de aquellos que se han abrogado el derecho a decidir por su vida o su muerte. Contrario al campesino que llegó en el decenio de 1960 a la ciudad, el desplazado por la violencia de la década de 1990, ha tenido experiencias previas de colonización, muchos de ellos se han trasteado por diferentes regiones influidas por megaproyectos económicos, políticos y culturales: Magdalena Medio, Urabá, Chocó, Córdoba. Trayectorias de ida y vuelta que habían emprendido con el objetivo de fundar y construir vida y que en los años recientes se han activado, pero con una diferencia, el destino final es la ciudad de Medellín, a la que llegan, además, con pericias sobre cómo distribuir y controlar el territorio, prácticas de control social para dirimir los conflictos, mañas para gestionar recursos y habilidades para moverse en medio de actores y visiones político-militares antagónicas.

La experiencia vivida por estos sujetos y sus familias enseña que el tiempo no es más una lenta y larga espera sino una acelerada sucesión de eventos acaso manejables; una forma de medir y organizar el propio movimiento; una estructura clasificatoria de desplazamientos y actividades, de medios y fines, de planes, objetivos y estrategias<sup>6</sup>.

La conquista y la inserción en la ciudad como objetivo, como fin, pone de presente que los movimientos migratorios y el desplazamiento forzado acrisolan culturalmente a las urbes, hacen que en ellas se acune un cosmopolitismo propio de sociedades urbanas. Pero surge una pregunta ¿con cuál ciudad se topan los migrantes? Diversa de manera característica, por posibilidad y por necesidad, pero en ciudades como las colombianas, se trata de una heterogeneidad que está ahí, se palpa y salta a los ojos, sin ser reconocida por la institucionalidad,

<sup>6</sup> *Ibid*, p. 21,

es negada en función de una comunidad ideal que homogeniza culturalmente y socava la diversidad sociocultural que la ciudad acuna y que es su sello moderno más característico. Así se desprende de esa sencilla definición de la condición urbana, si se quiere fundadora de las ciencias sociales de la ciudad, hecha por Louis Wirth en 1938: heterogeneidad generalizada.

*Dado que la población de la ciudad no se reproduce a sí misma, ha de reclutar a sus inmigrantes en otras ciudades, en el campo y en otros países. La ciudad ha sido así históricamente crisol de razas, pueblos y culturas y un vivero propicio de híbridos culturales y biológicos nuevos. No sólo ha tolerado las diferencias individuales, las ha fomentado. Ha unido a individuos procedentes de puntos extremos del planeta porque eran diferentes y útiles por ello mutuamente, más que porque fuesen homogéneos y similares en su mentalidad (Wirth, 1988: 37-38)<sup>7</sup>.*

El migrante recién llegado, el desplazado que pide asilo a la ciudad, hace parte de ella en el momento en que toma la decisión de quedarse. Sin embargo, esa decisión del sujeto no implica un reconocimiento inmediato por parte de la ciudad y la sociedad de llegada, pues ellas se abrogan el derecho de inspeccionar y dictaminar sobre aquellos pocos a quienes dice reconocer como factor de enriquecimiento y desconoce a los demás, los más, por ser factor de descomposición. Se produce un proceso de inclusión-exclusión, un forcejeo en medio del cual se determina quienes tienen derechos, quienes pueden participar como ciudadanos plenos y quienes quedan por fuera de esta categoría.

*Pero nada desmentiría la verdad de que si el llamado inmigrante ha venido es porque ha sido antes interpelado para venir, convocado: tiene pues derecho a la ciudad<sup>8</sup>.*

<sup>7</sup> Citado por Manuel Delgado Ruiz. "La identidad de los inmigrantes. Etnicidad y usos simbólicos del espacio urbano". Universidad de Barcelona, Institut Català d'Antropologia, 1996 (mimeo), p. 3

<sup>8</sup> *Idem*

Por eso, no sólo es importante indagar por los cambios que se operan en los individuos cuando toman la decisión de partir – antes- y la inserción definitiva en la ciudad –después-. También es relevante ese período intermedio, ese espacio-tiempo, esa interfase sociocultural y política, en la cual se ponen cara a cara el campo *frente a* la ciudad, donde se producen los inevitables choques culturales, las transacciones, los tráficos simbólicos y de recursos, el intercambio de bienes y de “males” a la hora de la negociación de la necesaria co-presencia en la ciudad.

En esa condición de hibridación sociocultural y política, el migrante y el desplazado se definen como sujetos que aunque mantienen vínculos con su medio de origen, tienen la capacidad de construir un proyecto de vida en especial con la familia. Se trata de vínculos que le permiten oponer resistencia a los obstáculos y las presiones con los que se enfrenta para poder caminar sobre el inestable terreno de un cambio a la vez colectivo y personal. El sujeto personal y colectivo se mueve a la vez entre la identidad con su origen y la participación en la construcción de nuevas condiciones de vida, de nuevos referentes.

Esta situación pone de manifiesto que las culturas de partida y de llegada no son conjuntos coherentes, sistemas cerrados o cuerpos de valores que tengan que dificultar enormemente la comunicación. Por eso no se debe hablar de un antes y un después a la manera de los análisis funcionalistas. La cultura no es una forma orgánica, como decían los románticos, ni tampoco está estructurada como una lengua, es decir, en ella no todo está íntimamente interrelacionado, y la introducción de un elemento nuevo no conlleva una modificación de los otros elementos presentes. Al azar de los encuentros, de los viajes, de las modas, de las catástrofes, de las presiones, de los bombardeos y órdenes de desalojo, la ciudad hace posible que las poblaciones y por tanto las culturas –aisladas hasta entonces- entren en contacto; integran entonces unos segmentos de culturas extrañas, sin necesidad de transformarse de arriba abajo. Las

culturas no son sistemas en el sentido estricto sino conglomerados de fragmentos de origen diverso<sup>9</sup>.

Si bien es cierto que la ciudad que recibe al migrante no se transforma inmediatamente por su sola presencia, él mismo, su familia y su grupo local se convierten en sujetos que experimentan cambios de diversa índole: en las orientaciones de valor, en los patrones conductuales e intelectuales y en los estilos culturales. De cualquier forma son esfuerzos de transformación que suponen a la vez continuidad y discontinuidad, participación en una sociedad nueva y preservación de una identidad cultural. Así, pues, debería hablarse menos de encuentro entre culturas y más de historias de individuos que pasan de una situación a otra y que reciben de varias sociedades y de varias culturas los elementos con que se formará su personalidad. Todas estas ideas van en contravía del lamento culturalista y conservadurista del desarraigo. Lo dijo Todorov<sup>10</sup>:

En contra de la metáfora tendenciosa del arraigamiento y del desarraigo, diremos que el hombre no es un árbol, y que éste es su privilegio. Plutarco enseñaba: *“el hombre no es una planta, hecha para permanecer inmóvil y que tenga sus raíces fijadas en el suelo donde ha nacido”*.

Las investigaciones antropológicas de la última década han demostrado que los microclimas culturales adaptados por los migrantes, al contrario de ser un inconveniente, se revelan como instrumentos adaptativos de la máxima eficacia para la modernización urbana. Los *usos* modernos de la tradición, recuerda Manuel Delgado, se refieren por ejemplo a: sentimientos de diferenciación que son estrategias de adaptación a la complejidad y opacidad de las macrosociedades urbanas;

<sup>9</sup> Manuel Delgado Ruiz. *Op. cit.*, p. 6.

<sup>10</sup> Tzvetan Todorov. *Las morales de la historia*. Barcelona, Paidós, 1993, p 112. (las cursivas son nuestras).

cierta lealtad a formas de sociabilidad y pautas culturales – reformulables de múltiples maneras- permiten a los migrantes controlar mejor las nuevas situaciones a las que tienen que adaptarse.

Los desplazados traen consigo su biografía, marcada por las características socioculturales de los lugares de procedencia, el rol social que habían cumplido en ella y un “capital” social y cultural. Traen también entre sus valijas, las historias de violencia y las marcas propinadas por los actores y motivos que los hizo abandonar su terruño. Es todo esto lo que les permite construir y reconstruir relaciones de vecindad pero también conflictos, y es lo que va a marcar definitivamente la manera de ser y habitar los nuevos territorios, los barrios de llegada.

Los barrios populares, que desplazados y migrantes han venido a construir en la periferia, no pueden seguir pensándose desde miradas bucólicas que hablan y resaltan los lazos comunitarios, la identidad compartida que raya casi con la homogenización. Lo que los desplazados han venido a anunciar es la gran heterogeneidad que marca y ha marcado a los barrios populares, siempre contruidos desde los “pedazos” de región que los desplazados de otras décadas, los migrantes económicos y los destechados intraurbanos, le han aportado a la las urbes de hoy.

Si la decisión de partir tiene grandes connotaciones en la construcción de un nuevo sujeto y en la capacidad de reconstruir vínculos sociales, la decisión de quedarse va a ser determinante en la configuración de las masas urbanas, como una de las características fundamentales de las ciudades modernas, pues son ellas las que van a consolidar el sector informal urbano, la cultura popular y la organización comunitaria, que se convierten en experiencias propias en la ciudad, colocando al migrante y al desplazado como productor informal, vendedor ambulante, creador de cultura popular, organizador comunitario y portador de una cultura política.

La producción cultural popular está determinada, así lo dice Néstor García Canclini, por la apropiación desigual del capital cultural, la elaboración propia de las condiciones de vida y por la interacción conflictiva con los sectores hegemónicos. Esta experiencia cultural es variable y contradictoria: tiene que ver con los modos de organizarse para enfrentar la vida, con las marcas fundacionales ligadas a la conquista y fundación de un territorio, defendido por varias generaciones, con significados de historias colectivas de ayuda mutua, solidaridad y asociacionismo.

Se configura de esa manera un poblador urbano portador de una mirada de posiciones sociales, roles y funciones, que en medio de los conflictos, las negociaciones y las mutuas adaptaciones los lleva a estar vinculados y escindidos a la vez del proceso modernizador. Es decir, los sectores populares se transforman a sí mismos y se adaptan innovativamente a la modernización en la misma medida en que la confrontan. Se convierten en colonizadores-colonizados de la ciudad, no es ni en contra ni a favor de la modernización sino por su intermedio que ellos producen estos cambios.

Los desplazados, por su parte, traen consigo, y siguen trayendo, formas de nombrar, de relacionarse, de construir sus casas, de apropiarse del espacio doméstico y barrial, formas de alimentarse, patrones de crianza y maneras de vestir y expresarse; así mismo traen las historias y los relatos de sus conflictos, de sus temores, que vienen a mezclarse con las historias de procedencia pasada que aún portan los que llegaron años atrás, con los miedos, temores e inseguridades que aún no habían logrado ser resueltos.

*“Los desplazados (...) dejan huellas y van aportando nuevos elementos; pues además de la historia de violencia, se trae una cultura que se expresa y se suma a las otras haciendo heterogéneo y, aún más complejo, el espacio sociorelacional, pues en él convergen duelos, esperanzas, proyectos de vida e*

*identidades regionales diversas*<sup>11</sup>

Pero es claro que también los desplazados desencadenan dinámicas sociales marcadas por la desconfianza y la prevención que se creían superadas en los barrios conformados hace 20 o 30 años. La manera sigilosa en que llegan los desplazados, el ocultamiento de las razones por las cuales abandonaron sus tierras, llevan a instaurar aquella idea de que “no se sabe quien es quien”. Pero esto definitivamente, determina y configura estilos de vida, modos de moverse en el espacio y en el tiempo, rutinas para garantizar la seguridad.

En ese maremagnum de solidaridades, desconfianza y de competencia por el control territorial se van anclando los obstáculos para la construcción de formas de convivencia, pues en estos barrios los pobladores tienen que enfrentar permanentemente los conflictos internos que debilitan la capacidad colectiva para negociar y reivindicar frente a actores externos.

Pero a pesar de los conflictos en la convivencia que puede desencadenar la heterogeneidad, expresada en las diversas culturas regionales que tienen concepciones diferentes frente a las pautas de crianza, el tipo de alimentación, las formas de vestir, las maneras de apropiarse el espacio doméstico y barrial, un asunto empieza a identificarlos: la pobreza, que los lleva a establecer alianzas a fin de enfrentar la dureza de la sobrevivencia, realizando obras comunes y reaccionando ante el señalamiento de otros.

*“A pesar de los obstáculos para la conformación del colectivo, la necesidad, la calamidad y la estigmatización han dado lugar a un*

---

<sup>11</sup> Marta Nubia Bello y Claudia Mosquera. “Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas”. En: Fernando Cubides, Camilo Domínguez. (Eds). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Santa fe de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales, 1999.

*sentido de pertenencia, a una identificación y (...) a una diferenciación”. El esfuerzo colectivo, la solidaridad y el trabajo mutuo se convierten en claves para la construcción de las identidades barriales. Los desplazados a pesar de ser los `nuevos` en el barrio, no son del todo diferentes, ya que comparten con los viejos colonizadores de la ciudad su condición de migrantes pobres y la situación de anónimos y desconocidos en la ciudad que, anteriormente los hoy establecidos, padecieron*<sup>12</sup>

Es en medio de esta fermentación social y cultural que los sectores populares le dan forma al estallido de la ciudad y su autoconversión en culturas populares urbanas, ella no sólo está modificando el mapa cultural del país, sino que compite con la cultura de las clases altas y medias; rehaciendo las formas de identidad y de participación contribuyen a forjar una cultura política que mira a la sociedad como algo que puede ser reformado, alimentada con una experiencia de movilidad social hecha de revoltura entre pueblo y masa, de entrelazamientos, sumisiones y resistencias, de impugnaciones y complicidades. Se trata de una dimensión política que, como ha investigado Edward P. Thompson, atraviesa y sostiene los movimientos de protesta – en este caso urbana- articulando formas de lucha y cultura popular.

Con los sectores populares de las grandes ciudades, salieron a flote nuevas conflictividades y expresiones de una cultura urbana y moderna no prevista, no comprendida, no asumida, no dirigida ni aceptada por el Estado ni la sociedad normalizada. La ciudad masificada es la expresión original, particular, y conflictiva de la modernización y la urbanización en nuestras ciudades. Se busca la instalación en algún lugar físico y simbólico de la sociedad, pero este mismo proceso genera cada vez mayores presiones y produce cada vez mayor agresividad social e insatisfacciones<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> *Ibid.* P. 466

<sup>13</sup>. José Luís Romero. *América Latina: las ciudades y las ideas*. México, Siglo



A los procesos de masificación urbana corresponde una ideología del ascenso social que se revuelve con aspiraciones justas por el derecho a la ciudad. Este es un fenómeno político que muy pocas veces ha sido reconocido como tal. Desde este momento puede hablarse, como brillantemente lo hacen José Luís Romero para América Latina y Jesús Martín Barbero para el caso de Colombia, de un proceso continuo de "*inserción de las clases populares en las condiciones de existencia de una sociedad de masas*". Se insta un tiempo de desarticulación de las formas tradicionales de participación y representación y en las nuevas formas de enfrentamiento y acercamiento a la sociedad urbana priman las acciones de reforma, de luchas por la inclusión<sup>14</sup>.

## **2. Experiencias y estrategias culturales y políticas: aprendizajes de ciudadanía**

Migrantes y desplazados forzados en Colombia, ponen en evidencia la manera como las ciudades se convierten en objeto de disputa por el derecho a la ciudad entre nuevos y viejos colonizadores urbanos. Y en esa disputa los migrantes y desplazados –extraños primero y luego miembros de la ciudad– ponen en operación saberes, destrezas y experiencias ciudadanas que se develan como los lugares por donde gravitan las nuevas formas de ciudadanía y muestran de qué manera se produce una suerte de ensanchamiento o ampliación del escenario político<sup>15</sup>.

---

XXI, 1976.

<sup>14</sup>. "La masificación era a la vez y con la misma fuerza, la integración de las clases populares a la "sociedad" y la aceptación por parte de ésta del derecho de las masas, es decir de todos a los bienes y servicios que hasta entonces sólo habían sido privilegio de unos pocos". Véase: Jesús Martín Barbero. *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili, 1986.

<sup>15</sup> Amparo Menéndez Carrión. "Para pensar la cuestión de la gobernabilidad desde la ciudadanía: dilemas, opciones y apuntes para un proyecto". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. Segunda Época, vol. 1 No. 1. 1991. P. 83.

Esta ha sido la manera de formar un público a partir de actores que a la vez son colonizados-colonizadores de la ciudad. Los nuevos pobladores urbanos, en todo momento muestran como surgen nuevas causas, nuevos espacios e instancias, nuevos actores y estrategias para llevar a cabo las interacciones sociales, para participar en -o disputarse- la distribución de los valores y recursos de la sociedad.

A través de estas posiciones adquiridas y no prescritas, de las más variadas experiencias, fundamentadas en la "lógica de la oportunidad", en las "artes del hacer" y en la utilización creativa de los escasos recursos con que cuentan, estos pobladores transfiguran-crean las ciudades y construyen formas diversas de ciudadanía. Con su esfuerzo puesto en común, invaden o adquieren lotes piratas y autoconstruyen viviendas y urbanizaciones, legalizan predios, ayudan a construir acueducto, alcantarillado, vías, escuelas, puestos de salud, parroquias. Con estrategias de supervivencia, actividades económicas informales y en algunos casos buscando trabajo en el sector moderno forjan *economías morales y estrategias de mercado*; crean variados lugares de encuentro, formas de sociabilidad y organizaciones que combinan con fiestas, celebraciones religiosas, civiles inscritas en relaciones de vecindad o compadrazgo.

Es entonces, en la esfera de lo cotidiano, en las interacciones locales producidas por los migrantes y los desplazados, donde además de encontrar nuevas posibilidades de comprender las transformaciones culturales y políticas que se producen en la ciudad, se pueden auscultar las más diversas formas, prácticas y experiencias de ciudadanía que no se reducen a las formas institucionales, a los derechos y deberes consagrados en la ley. Sobre todo, en contextos como los nuestros, cargados de una gran heterogeneidad y diversidad, de rupturas y transacciones entre la tradición y los procesos modernizantes.

En nuestras ciudades abundan los procesos vitales, donde empiezan a perfilarse actores sociales nuevos que hacen

redefinir a los viejos. Las dificultades para la consolidación de estos procesos están en la aceptación de la pluralidad social, desde el reconocimiento político, cultural y normativo y en la construcción de unos mínimos elementos comunes que definan lo público dentro de nuestras ciudades. El problema no es sólo el de la inserción de nuevos sectores populares y periféricos en la vida urbana sino, también, de la inclusión desde la pluralidad y este es un problema de reconocimiento cultural, en el sentido del reconocimiento del otro, con intereses y expectativas distintas.

*“Al aumento brutal de la presión migratoria y la incapacidad de los gobiernos municipales para frenar siquiera el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría, la gente responde devolviendo vigencia a formas de supervivencia rural, a una ‘cultura del rebusque’ que viene a insertar, en los aprendizajes y apropiaciones que los pobres hacen de la modernidad urbana, saberes y relatos, temporalidades y sentires fuertemente rurales”<sup>16</sup>*

La adaptación cultural del mundo rural y pueblerino y su simbología le permite a los pobladores urbanos recién llegados usar la historia y la cultura como recursos del desarrollo, como estrategias de supervivencia familiares y vecinales, pero a la vez los migrantes están involucrados en culturas de masas que conectan no sólo a éstas sino a las nuevas generaciones con el mundo de la industria cultural y la incorporación acelerada de nuevos valores relacionados con el consumo a través de los medios masivos de comunicación. Los grupos sociales presentes en la ciudad, principalmente los de barrios populares, también se encuentran imbuidos en un ambiente de consumo cultural que permanentemente les ratifica que ellos deben participar de aquellas expectativas de vida ofrecidas por la industria cultural.

<sup>16</sup> Carlos Monsiváis. “La cultura popular en el ámbito de lo urbano. Comunicación y culturas populares en Latinoamérica”. México, 1983. Citado por: Jesús Martín Barbero en: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. II Época. Vol. 3. No. 5. México, junio de 1997. P. 94.

Vista de esta manera, la ciudad produce otros mecanismos de diversidad cultural, marcada por una lógica identitaria de intensificación-diferenciación interna a las ciudades. Se trata de nuevos estilos de la experiencia urbana que dejan de estar sustentados exclusivamente en vínculos de religión, lengua, familia, territorio o histórico tradicionales, para basarse aunque sea tímidamente, en redes de comunicación, fundamentadas en parámetros estéticos que se manifiestan como escenas, actos y momentos en donde hay una apropiación del tiempo y el espacio de la civilidad haciendo público el espacio urbano. No se trata ya de una homogeneidad de conciencias, sino de la necesidad de un reconocimiento intersubjetivo en un conglomerado de experiencias compartidas con estilos expresivos, que empiezan a desempeñar un papel vertebrador.

La interacción entre viejos y nuevos pobladores urbanos, impone como única opción para construir un modo de vivir juntos la de negociar la copresencia con múltiples transacciones morales y culturales en las cuales se hace necesario vivir-con diferencias de familia, de religión, de culturas locales y regionales, étnicas, entre niños, jóvenes y mayores, hombres y mujeres.

Los sectores populares exhiben permanentemente una filosofía elemental del progreso y el uso de tácticas y estrategias, de valores y todos los recursos, relaciones y oportunidades disponibles. En sus esferas de actuación realizan una cambiante y heterodoxa combinación de intereses familiares y colectivos, con otros privados y asociativos. En las relaciones sociopolíticas accesibles ponen en operación intereses sociales y comunitarios, mientras que en el campo de la economía y la producción su defensa es por los intereses particulares y familiares.

Desarrollan un estilo político pragmático, articulado a tramas clientelares, pero en todo caso adaptativo y constestatorio, concesivo y presionante, conformista y conflictivo y una cultura política de resistencia que mantiene cierto margen de independencia política. Este estilo de la plebe urbana asocia el

uso vigoroso, intermitente y controlado de la presión social con una característica articulación a tramas clientelares tradicionales, independientemente de su orientación política pero eso sí que cuenten con poder en el Estado, en los órganos ejecutivos y legislativos para garantizar la circulación de recursos.

Una orientación central de la estrategia cultural de la masa urbana, enraizada en la historia de sus propias condiciones de existencia, es su particular mezcla de intereses familiares y privados con los asociativos y colectivos. Esta mezcla no la hace ni colectivista ni privatista, ni liberal ni comunitarista. La plebe urbana se ha dado maña para asociar un género colectivo de actuación frente al Estado, han acumulado recursos organizativos e institucionales que encarnan un *poder disponible*. Primero la gestión de recursos-auxilios y más recientemente la formulación y gestión de proyectos es uno de los aprendizajes y destrezas mejor ensayados, efectivo para canalizar recursos, sea a través de organizaciones sociales, organizaciones no gubernamentales, poniendo en operación los mecanismos de participación ciudadana consagrados en la Constitución.

Contrario a lo que pudiera ser una opinión generalizada, en el presente, la institucionalidad urbano-popular y la institucionalidad estatal han establecido canales de comunicación tan fuertes que se observa una verdadera colonización del mundo de la vida organizada de los sectores populares por todas aquellas prácticas de cultura política que en su versión benéfica hablan de un sistema clientelista de bienestar social, pero que cada vez más, se asemejan al cobre bastante conocido de la corrupción, los negociados, los proyectos aprobados con "comisión" debajo de la mesa.

La vida urbana alimentada con sus nuevos pobladores, activa memorias urbanas<sup>17</sup>, se establecen relaciones de parentesco,

<sup>17</sup> La memoria, nos permite conducirnos, ser agentes de la continuidad y de la discontinuidad (Mead, 1929), traer el pasado al presente, reconstruirlo, darle

vecindad, amistad y compadrazgo que ponen en marcha estrategias de ayuda mutua y solidaridad, entre cantidad de migrantes que se agolpan en las invasiones y los lotes piratas. Pero en los barrios populares, contrario a la "comunidad imaginada" y construida por las teorías orgánicas sociales y políticas, coexiste una gran diversidad de familias, de regiones, de valores, costumbres y, ya en la ciudad, su objetivo en torno a lo común es una *re-construcción* que necesariamente se hace de conflictos, tensiones transacciones y negociaciones morales, socioculturales y políticas de todo tipo.

En los distintos nudos vinculares o esferas de actuación se siguen produciendo transformaciones que expresan y reconstruyen simultáneamente nuevas identidades -que sirven para proteger la *extrañidad*- y nuevas formas de participación -que apoyan la conquista de la *membresía*-. Pero el desempeño *público-social de los pobladores urbanos está relacionado con el significado y la posibilidad de que las formas culturales y sociopolíticas, se constituyan en plataformas múltiples para aprovechar, resistir e influir en el proceso modernizador.*

Además de las luchas de colonización urbana, articulada alrededor del reclamo y la búsqueda de solución de *necesidades*, se presentan las luchas de resistencia que enarbolan el discurso de las *reivindicaciones* populares; luego, el lenguaje y los discursos de los derechos vendrán a prefigurar las luchas por el reconocimiento. Tres ciclos y una sola historia de las luchas por el reconocimiento del derecho a la ciudad. Las ciudades que se han formado, la nación que se *vuelve a formar*, ahora en las ciudades, nos hablan de las "nuevas ciudadanías". Formas *elementales* o *experienciales* con sus sujetos, saberes y relaciones de poder.

---

forma y proyectarlo en el futuro, en un proceso sin fin, donde la experiencia, la polifonía, la pluralidad, el contraste e, incluso la contradicción, son sus elementos nutrientes Félix Vásquez Sixto. "Vivir con el tiempo en suspenso: notas de trabajo sobre transiciones políticas, memorias e historia", en: *Anthropos* 177, marzo-abril 1998, p. 71

Si en alguna experiencia colectiva y multitudinaria de los grupos sociales existentes se puede anidar un contenido más amplio de cómo se formaron las ciudades, esa es la experiencia histórica de la plebe urbana. La ciudad, mejor la vida urbana, sólo ha podido desarrollarse a través de una experiencia existencial de multitudes. Los pobladores populares refundan la ciudad que ellos necesitan y en los lugares donde mejor pueden hacerlo, marcan indeleblemente la memoria urbana de lo que ha sido y será la ciudad colombiana contemporánea. Estos espacios, sobre todo estos sujetos, se convierten en inventores de modernidad. Miembros y extraños a la vez, podían, ayer como hoy, entrar y salir de la ciudad. Es esa su fortaleza. Aunque durante mucho tiempo hemos creído que es esa su gran debilidad.

### 3. Reflexión final. ¿Cuál ciudadanía?

Como sois un gran señor, os creéis un gran genio... ¡nobleza, riqueza, jerarquía, cargos! ¡Todo esto os hace un individuo tan encumbrado y poderoso! ¿Qué habéis hecho para tener tanto? Apenas os tomasteis el trabajo de nacer, y eso es todo: por lo demás, sois una persona común, mientras yo, maldita sea, perdido en la multitud anónima, he tenido que utilizar toda mi ciencia y mi destreza sólo para sobrevivir<sup>18</sup>.

Bodas de Fígaro

Con los planteamientos hasta aquí esbozados, no se pretende hacer alegoría de los sectores populares, sino de reconocerlos en su justa dimensión, como actores sociales que han realizado grandes aportes en la construcción de las ciudades que hoy

tenemos, estableciendo formas de relacionamiento más o menos excluyentes, más o menos autoritarias, más o menos democráticas.

Pero si lo que se busca es la construcción de una ciudad y una ciudadanía democráticas, es necesario empezar por trascender visiones estigmatizadoras y excluyentes de los sectores populares y reconocer el pleno derecho que estos pobladores tienen a la ciudad. En nuestras ciudades existe una perversa trinchera –simbólica y real- de intolerancia y exclusión, y se han inventado las más sutiles estrategias para institucionalizar el infraconocimiento sociocultural y político de los sectores populares. Se han generalizado visiones que colocan a los sectores populares del lado de lo anormal, subnormal, informal, ilegal; pero también han sido vistos como los no ciudadanos, los no civilizados, los premodernos y folclóricos.

Poco se han percatado las instituciones de que estos sectores populares han hecho una apuesta decidida por la ciudad, por construirla con los medios de que disponen y bajo las condiciones más adversas han participado y se han involucrado en la construcción de su propio destino, en los lugares que mejor lo han podido hacer, aún cuando se les haya negado las necesidades básicas para una existencia digna, que es lo mínimo para acceder a la condición de ciudadano. Es verdad que sus formas organizativas y, en general, su cultura política, están cargadas de autoritarismo, clientelismo y de una débil representatividad; pero lo que también es cierto es que estas marcas no sólo acompañan a los sectores populares, sino que se encuentran irrigadas y enquistadas en todo el sistema político. El clientelismo, por ejemplo, es una práctica tradicional que se ha incrustado en todos los recodos de la práctica política. La corrupción, otro ejemplo, es una práctica ilegal, pero ello no quiere decir que sea propia de los sectores populares, informales o ilegales (como se les ha llamado), ella ha permeado toda la estructura sociopolítica de nuestro país.

<sup>18</sup> Simón Schama. "La formación cultural de un ciudadano". *Ciudadanos. Crónica de la Revolución Francesa*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1990, p. 158.

Migrantes y desplazados, que vinieron a la ciudad a construir los sectores populares, no pueden verse más como los disruptores del orden, como los que han venido a alterar la “coherente” estructura urbana, ellos son el resultado de un orden societal injusto, intolerante, que ha perpetuado patrones de concentración de la propiedad y del ingreso y tolerado altos índices de pobreza y miseria. En fin, son el producto también de un Estado que sumido en un burocratismo y una corrupción extrema pierde aceleradamente su capacidad de control cediendo el paso a otros actores (armados las más de las veces) para que tomen decisiones sobre el devenir de una población que someten e intimidan.

Con Amparo Menéndez Carrión tendremos que decir que las instituciones políticas formales, no han sido las más idóneas para promover y generalizar prácticas de ciudadanía democrática. Su ineficacia para tramitar las demandas populares ha contribuido al surgimiento de numerosos canales informales y paraestatales que refuerzan las prácticas de resolución de intereses personales, fragmentados y parciales.<sup>19</sup>

La ciudadanía es una condición que va más allá de las instituciones, más allá de la ley, es mucho más que participar en los debates electorales mediante el voto. La ciudadanía es una condición que se adquiere o deniega en las prácticas cotidianas mismas, desde los espacios microlocales, barriales, más cercanos al individuo, hasta aquellos donde se deciden los destinos de una ciudad y de una nación. Desde una reunión comunitaria, una asamblea barrial, hasta una sesión del Congreso, son todos espacios políticos para el ejercicio ciudadano.

Son los actos cotidianos de los sectores populares, de las gentes del común, lugares privilegiados para saber cómo se las han arreglado para reivindicar su derecho a la ciudad, para conocer

las más diversas estrategias mediante las cuales han conquistado no sólo un lugar en la ciudad, sino también para construir espacios de convivencia y coexistencia colectiva en medio de las diferencias y la heterogeneidad de procedencia y de referentes culturales. La lucha por la inclusión en el perímetro urbano abanderadas por los pobladores de las periferias llamadas informales, la gestión de recursos públicos y privados para subsanar sus necesidades básicas, la autoconstrucción, el empleo informal, son sólo algunos ejemplos de cómo los sectores populares han sido hacedores de su propio destino.

Mientras que para los sectores sociales medios y altos los recursos públicos llegan como derecho adquirido, los pobladores populares han tenido que desarrollar habilidades y destrezas ciudadanas para saber dónde están los recursos y cómo moverse –“camaleónicamente”- en la institucionalidad para acceder a ellos. Pero es necesario reconocer que las búsquedas de los sectores populares no se agotan en las demandas materiales, sino que sus nuevas generaciones han empezado a preocuparse por los problemas contemporáneos como la paz, el medio ambiente, las relaciones de género y generacionales, la recreación y el ocio. Volver la mirada a la heterogeneidad, a la diversidad, es también volver a mirar hacia los sectores populares y su vida cotidiana, cargada siempre de nuevas reivindicaciones y luchas, de nuevos actores y estrategias que no necesariamente sustituyen a las anteriores, pero crean una mixtura particular entre lo viejo y lo nuevo, entre lo tradicional y lo moderno.

Es necesario visibilizar la centralidad que tienen y han tenido los sectores populares en la dinamización de diferentes formas organizativas y la construcción de proyectos colectivos movilizadores, a pesar de hacerlo en medio de los obstáculos propios de una cultura política signada por la intolerancia y la exclusión. Pero en todo caso, se trata de la consolidación de una energía social, de unos aprendizajes ciudadanos, importante a la hora de pensar en una ciudadanía social proclive a una

<sup>19</sup> Amparo Menéndez Carrión. *Op. cit.*

convivencia democrática, que permita el disenso, el pluralismo y donde puedan coexistir sectores antagónicos, donde las formas de vida y actuación modernas no nieguen y más bien mantengan relaciones de acoplamiento y complementariedad con las formas de vida y organización tradicionales. El reconocimiento de la hibridación es el gran reto para las ciudades colombianas.